

**PROCLAMACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT
PATRONA DE LA DIÓCESIS DE SAN FELIU DE LLOBREGAT**
Homilía de Mons. Agustí Cortés, obispo de San Feliu de Llobregat
6 de mayo de 2007

En el día de hoy, día de gracia para nuestra Diócesis, en el marco incomparable de esta basílica, ante la imagen de la Madre de Dios de Montserrat, desearía haceros partícipes de esta visión, que mis ojos de hermano y pastor ahora descubren, mirándoos y amándoos de todo corazón. Querría así confiaros el gran gozo de creer a Jesucristo y de pertenecer a la Iglesia.

¿Esta visión estará quizás muy lejos de aquélla otra que el profeta del Apocalipsis transmitía a sus hermanos, agobiados por las dificultades de ser cristianos en un mundo difícil? "Vi, dice hoy el texto, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo " (Ap 21,2) ¿No somos también nosotros, esta Iglesia nuestra, ¿"ciudad santa, regalo que viene de Dios, y que al mismo tiempo presenta aquello de más bello, su mejor rostro, para su esposo"? ¿Por qué no?

Quizás algunos otros ojos bastante realistas nos mostrarían una buena retahíla de deficiencias, pecados y limitaciones de todo tipo, que hay en nuestra Iglesia. Los dos años que hemos dedicado a reflexionar y rezar en torno a nuestra pertenencia y nuestra corresponsabilidad diocesanas nos han permitido dar gracias por los dones recibidos, pero también nos han puesto delante del largo camino que todavía tenemos que hacer, con el fin de convertirnos en una Iglesia digna de su esposo Jesucristo.

De hecho el profeta del Apocalipsis no sólo mira el presente, sino que también escucha un mensaje que habla de un futuro: "Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos. Enjugará las lagrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte..." (Ap 21,4) ¿Qué quiere decir este cambio desde el presente que ve, al futuro que le es anunciado? Significa que estamos en camino, que somos pueblo que hace la ruta entre el don ya recibo de Dios en el presente y el futuro de la felicidad plena, cuando Dios sea todo en todos.

¡Hermanos, qué importante es entender y vivir esta condición de pueblo peregrino y caminante por esta historia! ¡Qué urgente resulta hoy, particularmente para nosotros, que vivimos una diócesis todavía recién nacida, con el fin de superar aquellas dos tentaciones, que a menudo nos detienen y paralizan: por una parte, la tentación de conservar una Iglesia anquilosada y encogida, y por la otra, la tentación de buscar una Iglesia alocada, víctima del mito del progreso meramente formal, temporal y utópico...! Más bien celebremos jubilosos y humildes el hecho mismo de ser caminantes. Tratemos al mismo tiempo de peregrinar como auténtico Pueblo de Dios, como y con María, Nuestra Señora de Montserrat, donde nuestra Iglesia de San Feliu siempre podrá encontrar su verdadero ser. ¿Cómo caminar, pues, sin perder el norte y la esperanza? ¿Cómo hacerlo con verdadero espíritu de comunión? ¿Cómo sostener aquello de más esencial y necesario?

No perder el norte

Sea la rutina o el cansancio, sea la dificultad del camino o el contagio de otras maneras de pensar, todo puede hacer que perdamos el norte, lo que somos y tenemos que ser. Entonces, para orientarse conviene recordar aquello que San Agustín decía a sus *Confesiones*: "Pero Cristo, que es nuestra vida, descendió hasta nosotros... Y con voz atronadora nos dice: volved al santuario escondido, desde el cual yo he venido a vosotros, en el seno materno y virginal del comienzo de los siglos, donde he sido revestido de naturaleza humana" (IV,12,19) Cuando necesitamos reencontrar nuestro ser más puro, tenemos que volver al origen. Como nuestro río Llobregat, "el más trabajador de todos" (en expresión de un sabio sacerdote de nuestra diócesis), que llega al mar ya cansado y con las aguas enturbiadas: su pureza y vigor están en su nacimiento, allí en el seno de la montaña ... Ya decía Jesús a Nicodemo, que tenía que volver a nacer ... (Jn 3,3-4) Pues, al llegar la hora del desconcierto, ¿cuál es el santuario escondido, el origen profundo, donde encontrar con toda su autenticidad nuestro ser Iglesia, sino el seno de María, en el cual la humanidad está llena de Dios, totalmente transparente a su luz,

absolutamente transfigurada por su poder? Nuestra Iglesia de San Feliu de Llobregat volverá siempre a esta montaña con el fin de encontrarse a sí misma y recuperar la pureza y el vigor que quizás la dureza del camino la haya hecho perder.

Caminar en comunión

Nuestra peregrinación tropieza también con otros obstáculos, como el individualismo y el cerrazón, tanto personal como de grupo. Sabemos que o caminamos todos juntos o no nos convertiremos en verdadera Iglesia de Jesucristo; que tan importante como caminar, es hacer camino codo a codo con los otros; y que éstos otros son de hecho una pluralidad de estilos, lenguajes y maneras, quizás muy diferentes a las propias. Nos cuesta mucho salir del propio refugio, del yo cerrado o del grupo que piensa igual, que viene a ser como una prolongación del propio yo.

Hemos reflexionado y rezado sobre nuestra "*pertenencia* y nuestra *corresponsabilidad* en la Iglesia". Hemos visto que es mucho más fácil hablar de corresponsabilidad, en tanto que suena más bien cómo a pedir (exigir) el propio sitio, que reflexionar y hablar sobre la pertenencia: ésta compromete el ser y la vida personal, por el hecho de que vincula al conjunto de la Iglesia y a cada uno de los hermanos, sean como sean. Sin embargo ésta, la pertenencia, es el cimiento, el único cimiento; y aquélla, la corresponsabilidad, es consecuencia, una de ellas. La pertenencia a la Iglesia, además de los vínculos con el Pueblo de Dios como tal, pide la mutua pertenencia entre los hermanos: delante del hermano tengo que oír que "yo soy suyo y él es mío" (para decirlo con palabras que reflejan aquél encantador "vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios", que decía el Dios de la Alianza): me corresponde el sufrimiento del hermano, su virtud, sus límites, sus esperanzas... Yo soy y vivo también por él, le ofrezco mi plegaria, mi esfuerzo para ser bueno cristiano...

Nunca admiraremos lo suficiente la maravilla de este misterio: la comunión de los santos es de veras una cima de amor. Queremos decir en realidad que desde Cubelles hasta Capellades, desde el Prat hasta la Llacuna, desde Molins de Rei hasta Castellví de la Marca, compartimos la misma vida, nadie puede ser extraño a otro, todos nos necesitamos. Una oración escondida y solitaria hecha por una anciana pertenece al joven que tiene dificultades en su fe; y el esfuerzo generoso e incansable de la mujer por mantener vivo el amor en el seno de su matrimonio y de su familia pertenece al rector que tiene que luchar contra la tentación del cansancio; y el sacrificio que hace un profesional honrado para no aceptar un trabajo o un negocio injusto pertenece a aquella catequista que necesita cada sábado recuperar la ilusión por implicar a los padres de los niños en la catequesis...

Una vez más, si perdiéramos de vista este misterio de mutua pertenencia, tenemos muy cerca a María para devolvernos al camino de la comunión. ¿Qué hizo ella, humanidad llena de Dios, dejándose llevar por el Espíritu que la había fecundado? Lo que hizo fue provocar un encuentro: sentía que su prima Isabel, su persona y su vida, sus preocupaciones le pertenecían, a la vez que ella le ofrecía su ayuda material, su fe y su alegría de creer y de ser madre. Ni la distancia, ni su estado, eran ningún obstáculo para encontrarse; el encuentro en el Espíritu era mucho más importante. Parecía como si incluso María necesitara de Isabel para alabar a Dios, como si esta voz de alabanza tuviera que ser voz de dos hermanas, voz de comunión, voz que nace del Espíritu de Dios compartido. Era, en efecto, el misterio de la comunión de amor, la grandeza del misterio de la Iglesia, vivido en la liturgia de lo sencillo y lo cotidiano. Ojalá nuestros encuentros diocesanos se parecieran, aunque de lejos, a aquel momento de plenitud eclesial, donde resplandecía el misterio de comunión y de mutua pertenencia. ¿Cuándo podremos decir al hermano: "te necesito, seas quien seas, para poder llamar a Dios Padre" (P. Claudel).

Amándonos

Finalmente, no sólo la pérdida del norte y la cerrazón individualista son obstáculos en nuestro peregrinar. Hay otro mucho más grave, que también esperamos superar con la ayuda de la Madre de Dios de Montserrat.

Vamos poco a poco organizándonos. Se nos pide tener iniciativas eficaces y atractivas. Muchos esperan novedades importantes. Dicen que tenemos que tratar de ajustar la imagen y el estilo a la

sensibilidad de hoy en día... Quizás tengan razón. Pero todo eso se puede convertir en un disfraz: hay algo esencial y absolutamente necesario, que podría quedar olvidado bajo la apariencia de una buena organización o de unas iniciativas más o menos chillonas. Lo que nos mantiene en nuestra identidad, el alma de toda organización eclesial, lo único que tiene que inspirar cualquier iniciativa, la única novedad que salva el mundo, es obedecer el mandamiento de Cristo: "amaos tal como yo os he amado". Hoy nos lo ha dicho Jesús en el evangelio: como palabras definitivas, propias de las despedidas, nos deja este mandamiento, que él califica de "nuevo" y "propio de sus discípulos". Lo entendemos: no es que nunca se haya amado o que sólo amen sus discípulos (siempre y por todas partes se pueden encontrar maneras y formas de amar): sino que la novedad y aquello específico de sus discípulos están en el "*como yo os he amado*".

Nuestra Iglesia tiene que ser espacio de amor. No de cualquier amor, sino del amor de Cristo. Y no se trata de que la Iglesia tenga que obedecer a una norma externa, ni tan sólo que imite moralmente la manera cómo Jesús amaba, lo cual ya estaría bien... Se trata de que nuestra Iglesia de San Feliu viva en su interior y ofrezca nuestro mundo de hoy el mismo amor de Cristo. Porque María, más que imitar a su Hijo, lo que hacía era, mientras lo acompañaba, participar de su amor; era así portadora de este amor. Es este secreto íntimo, lo que define nuestro ser, desde donde brota, como una fuente profunda, toda nuestra vida: la comunión fraterna, la palabra evangelizadora, el servicio en los más necesitados, el compromiso en el mundo, la oración individual y litúrgica, el testimonio ante los que no creen...

¿Qué sería de nuestra Iglesia de San Feliu sin este amor de Cristo? ¿Qué sería de ella sin la Madre de Dios de Montserrat, presencia y testimonio siempre vivo para nosotros del amor de Jesucristo? Hoy muy especialmente le pedimos que nuestra Iglesia no pierda nunca el horizonte de su montaña, que sepa volver siempre a ella, que quiera subir para reencontrar la esperanza y seguir dando pasos en la peregrinación hacia la gloria.

¡Madre de Dios de Montserrat, rogad por nosotros!